

BONNIE-SUE HITCHCOCK

El olor  
de las  
casas de  
los  
demás

*Traducción:*

SONIA FERNÁNDEZ ORDÁS

MAEVA  young

Querido lector:

Cuando era niña, Bonnie-Sue Hitchcock nunca probó una pieza de fruta que no estuviese enlatada, aprendió a sacar truchas de las aguas heladas del río Kenai, jamás imaginó que los inviernos no eran fríos y oscuros en todo el mundo como lo eran en Alaska. Esta infancia dura y salvaje en el territorio más inhóspito de Estados Unidos, y uno de los más hostiles del mundo, es la que insufló vida a los protagonistas de *El olor de las casas de los demás*.

*El olor de las casas de los demás* es el título de la novela y también el primer acierto de Bonnie-Sue Hitchcock. Es sugerente, poético y misterioso, y concentra en esas pocas palabras la esencia de los personajes y las historias que vamos a conocer en sus páginas. Son las vidas de Ruth, Dora, Alyce y Hank, cuatro adolescentes que viven allí, en la última frontera de América, donde la mera supervivencia humana es casi un milagro. Como son milagrosas sus propias vidas, marcadas por el abandono, el riesgo, la fuerza de la naturaleza, la amistad y los azarosos golpes de suerte que los acompañan y que los hacen vislumbrar una vida que nunca hubieran imaginado para ellos.

Por la veracidad que descubrí en sus historias, por los entrañables y valientes personajes, por hacer de un lugar tan remoto como Alaska un nuevo territorio literario, *El olor de las casas de los demás* consiguió atraparme desde las primeras páginas y me siento tremendamente afortunada de que forme parte del catálogo de Maevayoung. Estoy convencida de que estamos ante un libro llamado a convertirse en un clásico moderno.

Los sueños, los anhelos, los miedos, las frustraciones de Ruth, Dora, Alyce y Hank me acompañan desde que acabé esta novela. Espero que, a partir de ahora, también os acompañen a vosotros.

*La editora*

# Listado de personajes

En Fairbanks, Alaska

## **Ruth**

Mamá

Papá

Lily (hermana menor de Ruth)

Abuela

Ray

Buñuelo

Bunny (mejor amiga de Lily y hermana menor  
de Buñuelo)

Selma (mejor amiga de Ruth)

Alyce (prima de Selma)

Dora (mejor amiga de Buñuelo)

Tumbo (padre de Dora)

Señor Moses (padre de Buñuelo)

## **Dora**

Loco bailarín

Mamá

Madre de Buñuelo

Paula y Annette (amigas de mamá)

George (cajero en la tienda del Ejército de Salvación)

## En Canadá y sureste de Alaska

### **Alyce**

Mamá

Papá

Tía Abigail (madre de Selma)

Tío Gorky

### **Hank**

Sam (hermano mediano de Hank)

Jack (hermano menor de Hank)

Mamá

Nathan (novio de mamá)

Phil (vigilante nocturno del transbordador)

Isabelle (trabajadora social)

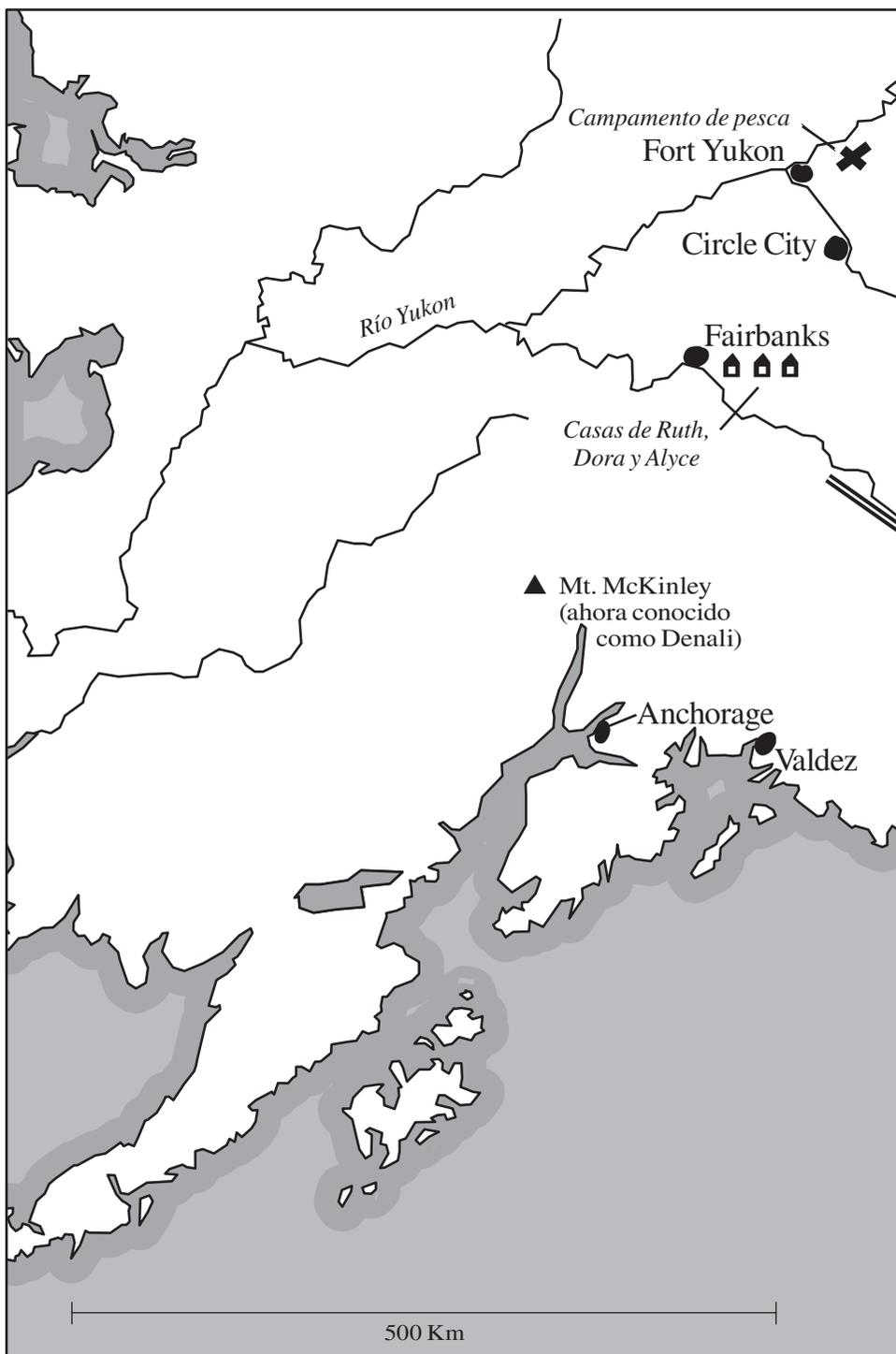
### **Ruth**

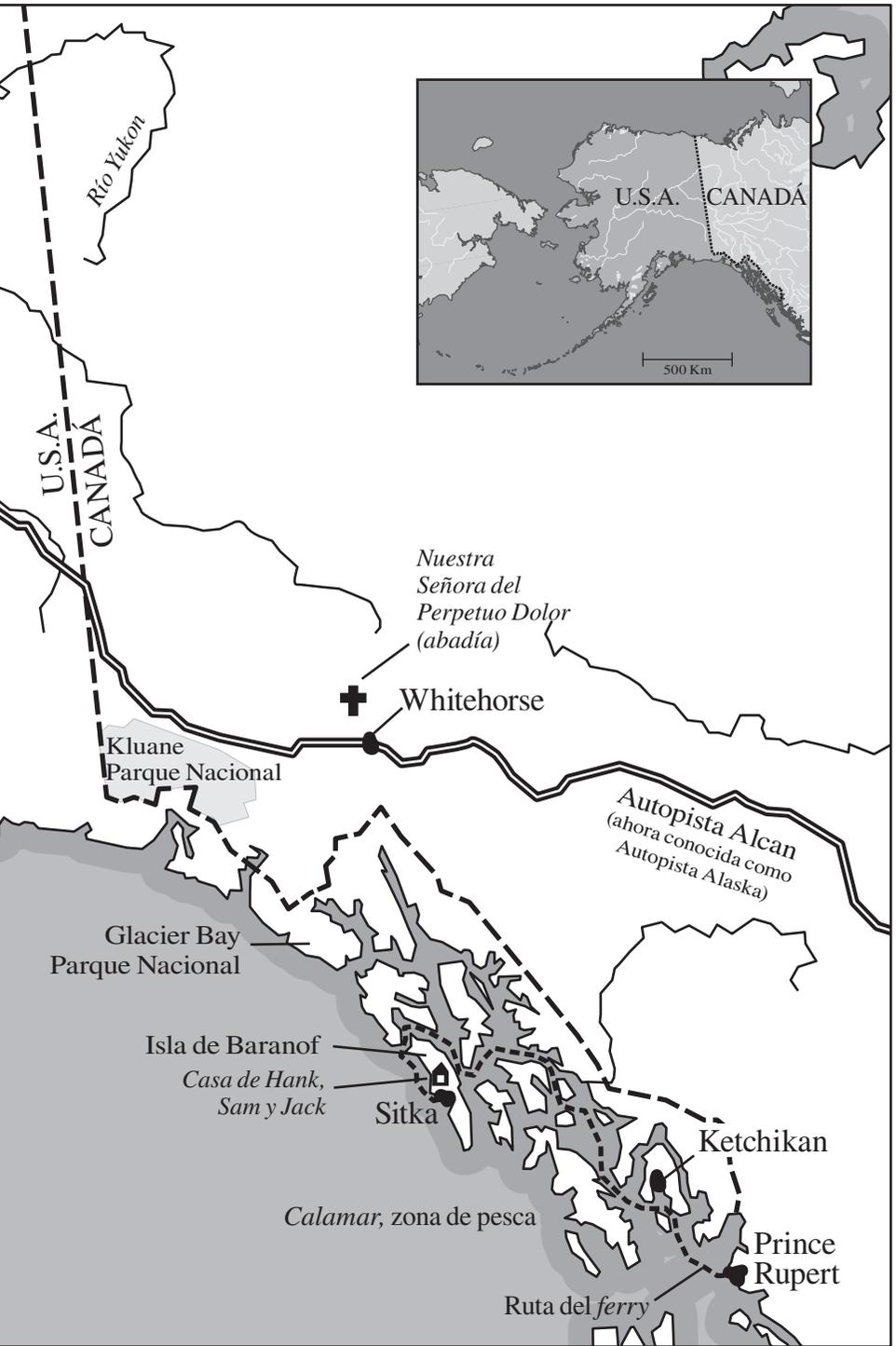
Abadesa

Hermana Agnes

Hermana Bernadette

Hermana Josephine







# Prólogo

## Cómo era la vida en aquellos tiempos

*Ruth, 1958-1963*

No puedo dejar de recordar cómo era la vida en aquellos tiempos. Cómo mi padre salía a cazar lo que íbamos a comer. Cómo colgaba a curar los ciervos en el garaje y cómo las patas de los ciervos se abrían cuando les hendía el vientre, con las pezuñas en punta como los dedos de las bailarinas de ballet. Lo observé cientos de veces mientras cortaba la carne de la parte trasera del animal. Aún me parece escuchar el sonido del cuchillo cuando el metal tocaba hueso. El costillar era el mejor corte, mi favorito, y papá lo separaba de la columna vertebral del ciervo con la misma delicadeza con la que mamá rizaba los lazos para adornar los regalos. Llevaba la carne fresca a casa en sus manos desnudas, y dejaba un reguero de sangre desde el garaje hasta la cocina que manchaba el brillante linóleo de mamá.

A veces papá me traía en un cuenco un corazón de ciervo todavía caliente y me dejaba tocarlo con los dedos. Yo acercaba los labios y besaba su carne rosada y suave con la esperanza de sentir algún latido, pero ya no se movía. Mamá lo llamaba Daniel Boone y se reía con sus

labios junto al cuello desnudo de papá, y él jugueteaba con el pelo de mamá con los dedos manchados de sangre y se ponían a bailar en la cocina. Mi madre era el tipo de persona que ponía flores silvestres en botellas de whisky. Lupinos y dedaleras en la cocina, lilas en el cuarto de baño. Olía como una ciénaga pantanosa después de un chaparrón y, aun con sangre en el pelo, era preciosa.

Mi caballete estaba instalado en la encimera, así que podía observar cómo mamá guisaba la carne mientras yo pintaba vestida con el tutú que papá me había traído de uno de sus muchos viajes al Exterior. Tenía unas zapatillas de ballet rosas a juego que siempre llevaba puestas, incluso en la cama. Mamá me ponía por encima una de las enormes camisas de franela de mi padre para no estropear mi tutú especial. Me llegaba hasta los pies; las mangas estaban tan remangadas que parecía que tenía unos bollos abultados de canela en lugar de brazos. Intentaba conseguir el mismo tono de rojo que el pelo de mamá, pero casi siempre mezclaba colores y al final no conseguía más que marrón.

A menudo papá decía cosas que yo no entendía, como que si adquiríamos categoría de estado probablemente perderíamos todos nuestros derechos de caza y los federales agotarían la tierra. Mi mente de cinco años pensaba que adquirir categoría de estado era tener un coche nuevo con un morro enorme. No sabía quiénes eran los federales, pero papá parecía pensar que iban a decirnos cuánto venado y salmón se nos permitiría comer. La barriga de mamá se había puesto enorme y redonda, e incluso yo sabía que eso significaba que pronto habría una boca más que alimentar. Papá le levantaba la falda y

le besaba el vientre abultado de la misma manera que yo había besado el corazón del ciervo.

–¿No se mueve? –le preguntaba yo. La tripa de mamá era tan blanca como el vientre de una cierva.

–Desde luego, este sí sigue latiendo –decía–. No hay de qué preocuparse.

Al final resultó que adquirir categoría de estado no era tener un coche nuevo, sino algo mucho, mucho más importante, y papá tuvo que volar a Washington D. C. para intentar evitarlo, un lugar donde debía enseñar el pasaporte incluso para bajar del avión y donde nadie pescaba ni cazaba, y tuvo que comprarse unos zapatos nuevos para ir a una reunión a explicar por qué los habitantes de Alaska no querían la categoría de estado. Excepto unos pocos, pero esos no eran amigos de mi padre.

Me dijo que la mayor parte de la gente no prestaba mucha atención a lo que pasaba en Washington D. C., pero que los alasqueños lamentarían el momento en el que la gente del Exterior empezara a tomar decisiones por ellos. Yo no sabía quién era esa gente del Exterior, pero esperaba no tener que cruzarme con ellos jamás.

Cuando llegó la carta –con una hoja de arce impresa en el sobre–, mamá la leyó con manos temblorosas. Observé cómo movía los labios sin articular palabra, pero supe que las noticias no eran buenas porque se desplomó agarrándose la tripa y emitió unos sonidos que solo había oído a los animales salvajes que viven en lo más profundo del bosque.

Lily nació al día siguiente de la llegada de aquella carta, y creo que mamá ni la vio, porque cuando la miré a los ojos después del parto, tenía la mirada vacía. La enfermera

preguntó cómo se iba a llamar el bebé, y cuando mamá contestó «Lily» me pareció que tenía la mirada fija en las flores que había junto a su cama, no en el bulto rosa envuelto en una manta de hospital que lloraba como si tampoco quisiera estar allí. Mi abuela había venido al hospital para el nacimiento, pero mamá no vino con nosotras cuando a Lily y a mí nos metieron en un coche marrón que olía a humedad y tenía quemaduras de cigarrillos en los asientos. No me pareció correcto que un bebé recién nacido tuviera que respirar los olores de aquel coche, pero Lily se quedó quietecita, como el bulto que era, y yo me tapé la nariz con la bufanda hasta que llegamos a la casa de la abuela en Birch Park.

–Mamá necesita más tiempo para recuperarse –dijo la abuela, y me contó lo que decía la carta. El avión de mi padre se había estrellado en el Ártico canadiense, ya muy cerca de Alaska. La abuela me dijo que los hombres regresaban de la reunión cuando el avión se cayó. Hubo algo en el tono de voz de mi abuela que me hizo sospechar que ella no creía que papá fuera «un hombre valiente, con grandes ideas para Alaska», que era lo que decía la carta. Cuando la abuela la leyó, soltó un resoplido y se sonó la nariz.

Después dijo:

–Puedes llorar si quieres, pero eso no te lo devolverá.

Birch Park olía a casa de persona mayor, algo que yo nunca había notado cuando íbamos solamente de visita, lo cual no había ocurrido muy a menudo. No había flores en botellas de whisky, ni ciervos recién cazados colgados

de las vigas para curar. La única carne que había en la nevera era rosada y pálida, y descansaba flácida en una bandeja de poliestireno envuelta en plástico. La habían desangrado completamente, lo cual me provocó morriña y recelo.

Justo al día siguiente, el periódico publicó un titular con letras gruesas de diez centímetros que decía «SOMOS UNO MÁS», y Alaska se convirtió en el cuadragésimo noveno estado de Estados Unidos. Mi abuela lo recortó y me dijo que debería conservarlo siempre, como si no entendiera que aquello no podría traer nada bueno. Y yo no quería recordar nada excepto lo que habíamos sido antes de todas esas tonterías de la categoría de estado.

Cuando mamá no apareció aquel día, ni el siguiente, ni el siguiente, me imaginé que lo de la categoría de estado había debido de afectarla también a ella. ¿Quizá no tenía el pasaporte adecuado ni los zapatos que debía llevar? O tal vez se habría ido a Canadá, donde la engulliría el mismo vacío enorme que había engullido a papá.

La esperé y esperé, preocupada porque Lily nunca sabría cómo sería el mundo. Y así fueron pasando los años hasta justo antes de mi décimo cumpleaños, cuando el agua empezó a subir y supe lo que pasaba: el río debía de querer volver a su sitio. Inundó las orillas y creció cada vez más, atrapando todo a su paso con su lengua grande y húmeda. Papá tenía razón cuando decía que nunca se podría domesticar a un río.

Bidones de metal oxidados, neveras de plástico azules y latas enteras de melocotones y macedonia de frutas de las despensas de los vecinos bajaron flotando por la Segunda Avenida. Unas enaguas rojas de volantes se

quedaron enganchadas en la mata de guisantes del señor Peterson, lo que provocó que Lily se riera a carcajadas hasta que la abuela la hizo callar. La cara de la abuela estaba tan roja como una frambuesa pasada. La ropa interior no era un tema para tomarse a broma, ni siquiera en una riada.

Lily tenía ya cinco años y se volvió loca de entusiasmo al montar en la lancha que nos rescató en la puerta de casa mientras el agua seguía subiendo sin parar. Recé para que nunca se detuviera, para que de algún modo los ríos consiguieran devolvernos a la vida de antes.

Pero las lanchas nos dejaron en el instituto, a poco más de un kilómetro de casa, donde el terreno era más alto y seguía seco. Lily se comportaba como en una escapada de vacaciones, se reía y jugaba con su amiga Bunny.

Una niña llamada Selma me dio la mano cuando nos tuvieron que poner una inyección, y yo hice como que se la apretaba solo para que ella se sintiera mejor, aunque la verdad es que las agujas me dan pánico. Era de mi misma edad, pero mucho más valiente. Selma fue lo único bueno que trajo la riada.

Unos días más tarde regresamos a nuestra casa húmeda y enmohecida de Birch Park. No había muebles, solo objetos donados que habían traído de Anchorage en unos camiones. Bajo nuestras zapatillas gastadas, la moqueta chapoteó y escupió agua sucia durante varias semanas. La abuela trabajó como voluntaria para que el nuevo Gobierno estatal repusiera todo lo que habíamos perdido en la riada. Hubo vecinos que presentaron listas larguísimas. La madre de Dora Peters declaró que había perdido una lavadora y una secadora, una mesa de cocina y unas

lámparas de mesilla de noche muy caras. La abuela mantuvo los labios apretados, pero lo anotó todo en un gran cuaderno negro en cuya portada se leía: «Propiedad del Gobierno de Estados Unidos».

–Nadie en Birch Park tiene lavadoras ni secadoras –le dije a mi abuela aquella noche durante la cena.

La abuela no dijo nada.

–¿Podemos pedir una lavadora y una secadora? –preguntó Lily.

–No digas bobadas –le espetó la abuela.

–Pero han mentido –insistí–. Nadie tiene esas cosas tan caras.

–No es asunto nuestro pedir cuentas a nadie.

–Pero trabajas de voluntaria para el Gobierno. Es tu trabajo.

La abuela entornó los ojos.

–No me digas cuál es o deja de ser mi trabajo, jovencita.

Bajé la vista al plato de cartón que tenía en el regazo. Las remolachas de lata se desangraban sobre el fiambre, que ni siquiera era carne de verdad. Quería un trozo de costillar fresco y jugoso, o nada. Doblé el plato por la mitad y aplasté la comida. Nadie dijo una palabra cuando crucé la sala, ni siquiera cuando por un extremo del plato se derramó un hilillo del jugo sanguinolento de las remolachas sobre mi pierna y sobre el suelo. Lo hundí todo en el cubo de la basura, como si fuera mi propio corazón, ya inerte.





# PRIMAVERA

*Hay tantas estrellas en primavera  
que podía pilotar mi esquife  
hasta llegar de nuevo a casa.*

JOHN STRALEY





# 1

## El olor de las casas de los demás

### *Ruth*

Llegó un momento en el que dejé de esperar el regreso de mi madre. Es duro aferrarse a un sueño durante cinco años, y más duro todavía recordar a las personas diez años después. Pero nunca dejé de creer que tenía que haber algo mejor que Birch Park, algo mejor que vivir con la abuela.

A los dieciséis años creí que lo sería un chico llamado Ray Stevens. Su padre era detective privado y hacía de guía para los cazadores en el bosque. Su familia acababa de construir una casa nueva junto a un lago donde tenían amarrado su hidroavión, y en invierno podían tener un cañón de nieve desde el arroyo del Alce hasta su jardín trasero.

Toda la casa de los Stevens estaba hecha de cedro fresco. Toda la ropa de Ray olía a cedro y me hacía estornudar al acercarme a él, pero me acercaba de todos modos.

El cedro es el olor de las fiestas del equipo de natación en su casa y de la gran fotografía de Richard Nixon de 20 x 25 centímetros que colgaba en el salón. El cedro es el olor de los republicanos. Es el olor de salir a escondidas

del cuarto de la hermana mayor de Ray (Anna también nadaba en mi equipo de relevos; me hice amiga suya por necesidad) para entrar en el de Ray, donde me metía sin hacer ruido en su cama de 1,50 frente a la puerta corredera de cristal que daba al lago. ¿Cuántos chicos de dieciséis años tienen una cama de 1,50? Estoy pensando en una con sábanas que olían a cedro y a marea y que cobijaban a un chico de pelo rubio y rizado, aclarado por el agua de la piscina. Era el mejor nadador del estado y yo no era más que una componente de un equipo de relevos mediocre, pero de todos modos me escogió a mí. Podíamos habernos ahogado en nuestros olores combinados de cloro e ignorancia. ¿Adivináis cuál era el mío?

Él sabía dar besos con lengua, que eran como un bosque de promesas una vez que me acostumbré. Como yo era católica, y olía a rigidez y no a atrevimiento, me prometió no hacer nada excepto acariciarme con suavidad y solo en determinadas partes, donde el olor no me traicionara cuando volviera a mi casa, que no tenía nada más que el leve tufillo a mohó de los muebles de segunda mano, también conocido como culpa y pecado.

En casa de los Stevens todo era tan fresco como si acabara de llegar del Exterior, y no había reglas. Tenía una moqueta afelpada tan mullida que por la mañana pisaba sobre las huellas profundas y anaranjadas que yo misma había dejado para volver al cuarto de la hermana de Ray y fingía no haberme movido de allí.

La única razón para apuntarme al equipo de natación fue que lo del ballet no salió bien. Mi abuela creía firmemente

que cualquier tipo de danza no era más que un tobogán resbaladizo que te llevaba de cabeza a las puertas de la vanidad. En su opinión, no había nada peor que ser vanidoso. Lily y yo pagábamos por nuestra vanidad poco a poco. Pagábamos escondiendo nuestros boletines con buenas notas, evitando los cumplidos y manteniéndonos ocultas. Pagábamos los domingos en el confesionario: «Perdóname, Padre, porque he pecado. Hoy me he sonreído al mirarme al espejo».

Lo hice. Una vez. Me sentí tan bien conmigo misma que sonreí al mirarme al espejo y giré y bailé como si tuviera el mundo entero en mis manos de niña de seis años. Iba a asistir a mi primera clase de ballet con mi precioso tutú rosa, y mi melena rubia me llegaba hasta el trasero. Era tan espesa y tan larga que hacía ese frufrú agradable al rozar el tul del tutú cuando movía la cabeza de un lado a otro. Era el tutú que papá me había traído del Exterior. No había tutús como aquel en Fairbanks, y no creo que mi abuela supiera que era tan especial o jamás me habría permitido tener nada que las otras niñas no tuvieran. Estaba muy nerviosa e ilusionada cuando llegué al estudio; recuerdo a otra niña y a su madre que entraron a la vez. Alyce llevaba un maillot negro y mallas rosas lisas. Me di cuenta de que tenía envidia de mi tutú cuando lo miró de arriba abajo mientras sujetaba la puerta para dejarme pasar y su madre me dijo:

–Tienes la melena más preciosa que he visto en mi vida.

–Lo sé. Toda yo soy preciosa –repuse sin pensármelo dos veces.

La madre de Alyce me sonrió, pero su expresión cambió de inmediato cuando los dedos de mi abuela me agarraron el brazo y tiró de mí hacia el interior. Ni siquiera me dio tiempo a preguntarme qué había hecho mal. Mi abuela me condujo a los lavabos y masculló entre dientes:

–Vaya, así que crees que eres especial, ¿eh?

Sacó del bolso unas enormes tijeras de ojos naranjas, como si las llevara encima a la espera de situaciones como aquella. Parecían un pájaro con el pico plateado. Y hacían mucho ruido. Aún me parece oír el sonido de las mandíbulas de aquel pájaro cortándome el pelo con solo unos pocos mordiscos. Luego mi abuela me dijo que saliera y que ocupara mi puesto sobre el trocito de cinta adhesiva que la señorita Judy había colocado en el suelo para señalar mi sitio. Nadie me miró directamente, pero había espejos en todas las paredes, así que pude ver sus miradas de reojo. También vi que mi pelo apuntaba en todas direcciones, como si me lo hubiera pillado una cortadora de césped. Se acabó el frufú. Jamás volví a aquella clase. Ni mi abuela a hablar del asunto.

Incluso después de tantos años, sé que un golpe de suerte, como un novio popular y rico cuya familia te aprecia, significa que tienes que contener la respiración y desear que dure; y nunca, nunca presumir ni sentirte demasiado satisfecha de ti misma.

Por eso robé una de las camisetas blancas de Ray y me la llevé a casa para dormir con ella debajo de la almohada y así hacerme la ilusión de que mi mundo también olía a cedro. Nadie llegó a sospechar nada, porque en Birch

Park, donde el sonido de las cucarachas al masticar galletas saladas es ensordecedor, me limité a mantener la cabeza baja y a dejar que fuera mi hermana Lily la que cometiera todos los errores.

—Dice Bunny que somos pobres —anuncia Lily al tiempo que ella y su mejor amiga, Bunny, abren la puerta alborotadamente y dejan entrar una ráfaga de aire frío. Dejan las manoplas y los anoraks de nieve formando una voluminosa pila y se quitan las botas con torpeza, tropezando una con otra y procurando no retrasarse para la cena.

La abuela está recalentando las sobras de otra comida de los servicios sociales católicos. Trabaja a tiempo parcial para el arzobispo pasando documentos a máquina, así que somos las primeras en recibir la comida que sobra en sus eventos. La cena de hoy nos la trajo a casa el padre Mike en persona, con ese alzacuellos blanco que lo va a ahogar.

También ha venido Selma y estamos poniendo la mesa. Veo que mi abuela está mirando la comida y se pregunta si será suficiente para dos bocas más. Alarga la mano y coge una lata de fiambre para estirla un poco.

—No he dicho que seáis pobres. He dicho que sois más pobres que yo y que Buñuelo —explica Bunny. Buñuelo es su hermana mayor.

Veo que la abuela suspira, señal de que la estamos haciendo mayor. Siempre la estamos haciendo mayor, sobre todo Lily, y ahora también contribuye Bunny. La abuela dice que si no tuviera que cuidarnos seguiría

siendo joven. Miro sus pechos caídos, después el guiso de atún. Por desgracia para Lily, otra vez lleva guisantes.

–¿Qué es lo que os hace tan ricos? –le pregunta Lily a Bunny mientras se empujan ante el fregadero y se pelean por el jabón.

–El campamento de pesca –responde Bunny–. Pescamos toneladas y toneladas de salmón.

–Mi prima va a pescar todos los veranos –interviene Selma–. Y dice que el salmón no tiene nada de especial. De hecho, Lily, estoy segura de que se cambiaría contigo; le encantaría no tener que ir a pescar este verano.

La prima de Selma, Alyce, es la misma Alyce de aquella nefasta clase de ballet. Fue su madre quien me dijo que tenía un pelo precioso.

–Yo no quiero dedicarme a la pesca comercial y tener que vivir en un barco viejo y apestoso –salta Lily como si la hubiera insultado–. Quiero ir a un campamento de pesca como Bunny y Buñuelo, cerca de su pueblo.

–Sí –dice Bunny–, nuestro campamento está más allá del círculo polar ártico. Nos sentamos en círculo a tocar el tambor y a bailar toda la noche, y después extendemos los sacos de dormir sobre ramas de abetos y no tenemos que levantarnos hasta la tarde si no nos apetece. A veces Buñuelo y yo cazamos ratones con escopetas de balines y también asamos corazones de salmón al fuego. ¡Son mejores que los malvaviscos!

Solo de pensarlo se relame y se frota la tripa.

Pasaré por alto los corazones de salmón. Pero me parece que Bunny fanfarronea un poco y echo una mirada a mi abuela para ver si se ha alterado. Está sirviendo la comida en los platos como si requiriera la máxima

concentración. Supongo que los hijos de los demás pueden ser vanidosos si quieren. Más le vale a Lily tener cuidado para no contagiarse.

–¿Esto tiene mayonesa? –pregunta Lily.

Es lo más tiquismiquis del mundo para comer.

–Lily –le dice la abuela en un tono que indica que la mayonesa debería ser la menor de sus preocupaciones–, bendice la mesa.

–Señorbendiceestosedonesquevamosarecibirgraciasatugenerosidadporcristonuestroseñoramény ¿porquénopodemosteneruncampamentodepesca? –dice Lily casi sin respirar.

Selma me mira y hacemos un gesto de impaciencia con los ojos. Lily se pasa la vida quejándose de que casi todo el mundo en Birch Park tiene un campamento de pesca. Pero decirlo delante de Bunny pone a la abuela en un aprieto. También pone en evidencia que Bunny y Lily están en la luna, si es que no se han dado cuenta de ese detalle. Las dos tienen once años, edad más que suficiente para saber dónde están los límites.

–No tenemos un campamento de pesca porque no somos nativas –contesta la abuela sin levantar la vista del plato.

–Yo no soy nativa, soy atabascana –puntualiza Bunny. Selma y yo nos echamos a reír.

–¿De qué os reís? Es atabascana –dice Lily–. Los nativos son como la madre de Dora, se pasan todo el día en el bar; están demasiado borrachos como para pensar siquiera en pescar.

–Basta ya –la interrumpe la abuela, y le da un cachete tan fuerte en la mano que el tenedor sale volando y aterriza

con un repiqueteo—. Nada de charla mientras disfrutamos esta comida que nos ha proporcionado la generosidad del padre Mike.

Lily aparta a un lado los guisantes de su plato. Tiene las mejillas de un rosa encendido.

Los campamentos de pesca casi siempre se heredan de generación en generación, pero quizá la abuela no debería haber metido a todos los nativos de Alaska en el mismo saco. A Bunny no pareció hacerle mucha gracia. Sobre todo porque lo cierto es que Bunny y Buñuelo tienen los padres más encantadores de Birch Park. La familia de Dora nunca va a ningún campamento de pesca. Pero Lily es lo bastante prudente como para no soltar ningún cotilleo sobre Dora en la mesa.

Como si no hubiéramos visto todos lo que ocurrió aquella noche que Dora salió corriendo de su casa en camisón. Su padre, Tumbo, salió detrás llamándola puta. Creo que lo llaman Tumbo porque siempre está borracho y anda dando tumbos y tropezando con todo. El padre de Bunny, el señor Moses, fue la única persona que tuvo la valentía de hacerle frente. El señor Moses tenía una gran manta de lana con la que envolvió a Dora; luego la levantó en brazos como si fuera un saco de plumas y la llevó a su casa. Por mucho que Tumbo le gritase a la cara o lo amenazase con una botella de cerveza, el señor Moses ni se movió; se limitó a quedarse quieto bloqueando la puerta tras la cual había refugiado a Dora.

Y así siguieron hasta que Tumbo se desplomó como si se hubiera desinflado. El padre de Bunny llevó a Tumbo

de vuelta a su casa. Y los demás seguimos fingiendo que no habíamos visto nada.

Si os preguntáis por qué nadie llamó a la Policía, es que sabéis muy poco sobre nosotros. Seas lo que seas –blanco, negro, nativo o morado–, da igual, chivarse es pecado. Es la única regla universal que se te aplicará si eres pobre, para bien o para mal.

Cuando la abuela se levanta de la mesa y no puede oírnos, la buena de Selma se inclina y dice:

–Creí que era Dios quien proporcionaba la comida, no el padre Mike.

Lo único que provocan sus palabras es una sonrisa poco entusiasta de mi hermana, que se apresura a echar sus guisantes en el plato de Bunny ahora que la abuela no la ve.

Bunny se los come de un bocado, porque eso es lo que hacen las mejores amigas. Después las dos se ponen en pie de un salto diciendo que van a casa de Bunny a tomar helado esquimal y salen por la puerta antes de que la abuela pueda impedirselo.

Lily tiene a Bunny y yo tengo a Selma. Y gracias a eso no nos hemos vuelto completamente locas a pesar de vivir con la abuela.

Selma es todo lo contrario a mí. Su llegada al mundo fue lo menos convencional que os podáis imaginar, y antes de cumplir tres días debía de estar escrito que iba a enamorarse de su vida, fuera como fuera (también ayuda el

hecho de no vivir con una persona capaz de raparte el pelo). Selma tiene unos ojos enormes y marrones, como los de una foca, y, por la razón que sea, no se siente atada a las mismas reglas que rigen para los demás, lo que la convierte en una amiga muy especial. Pero no vive en Birch Park, y eso es lo que me viene a la cabeza cuando oigo un golpecito tímido en la puerta, tan leve que mi abuela no lo oye desde la cocina.

Los grandes ojos de Selma ríen con picardía mientras mueve la boca como si dijera «Alyce».

A veces, Alyce se deja caer por aquí para recoger a Selma de camino a casa cuando sale de clase de ballet. Las dos viven al otro lado del río, donde de repente las casas son más bonitas y los alquileres mucho más caros.

Alyce es alta y esbelta, con pómulos altos y el pelo recogido en un moño perfecto. También lleva calentadores de piernas, muy apropiados para la clase de ballet, pero estoy segura de que en Birch Park cualquiera que la vea pensará que ha cortado las mangas de un jersey para ponérselas en las piernas. Parece aterrorizada cada vez que viene a buscar a Selma. No sé muy bien qué pensará que puede ocurrirle aquí; nunca pasa del umbral.

–¿Estás lista? –le pregunta a Selma sin apenas prestarme atención.

El único motivo por el que entra en casa es porque en el exterior hay seis grados bajo cero.

–Hola, Alyce –le digo.

–Hola –balbucea sin apartar la vista de los charquitos de nieve derretida que chorrean de sus botas.

–Qué pena, Lily acaba de irse –comenta Selma, como si a Alyce le importara algo–. Le encantaría hablar

contigo de pesca. Quizá podrías convencer a tu padre para que se la lleve como ayudante de cubierta y así tendrías el verano libre.

–Selma... –Alyce parece incómoda.

–Este verano va a venir un ojeador de una de las mejores academias de danza –me explica Selma–, pero Alyce tiene que salir a pescar con su padre, así que se perderá la prueba de selección.

–Selma –dice Alyce–, tu madre se va a preocupar. Ya sabes cómo es; será mejor que nos vayamos.

Selma se pone los pantalones de nieve, sin inmutarse y sin ser consciente de lo incómoda que está Alyce. Me paso los dedos por el pelo y dejo de hacerlo cuando Alyce vuelve la vista hacia mí. Tiene unos ojos diminutos y asustadizos, como los de un pajarillo, y cuando me mira sé perfectamente lo que está pensando. Ninguna de las dos podrá olvidar cómo mi abuela me cortó el pelo.

Buaaaah, Alyce se queda sin su cazatalentos, pienso mientras ella vuelve a clavar la vista en el suelo. Por lo menos Alyce tiene el detalle de sentirse avergonzada. Pero Selma no.

–No sé por qué no se lo preguntas a tu padre –insiste mientras se pone el anorak con dificultad–. O por qué no le pides a tu madre que lo haga. ¿Qué te cuesta?

El moño de Alyce está empezando a escaparse de las horquillas, como si el hecho de que Selma hable de ella lo hiciese desenroscarse poco a poco. Me dan ganas de estirar el brazo y hacerla girar como una peonza. ¿Se desarmaría entera, desde el moño hasta sus calentadores rosa chillón?

–Sus padres no se llevan demasiado bien –continúa Selma mientras rebusca en la caja para cartones de leche donde dejamos los gorros y los calcetines de lana viejos que nos ponemos unos sobre otros en las manos. Es más barato que comprar manoplas.

–Las tuyas están arriba del todo –le indico al tiempo que señalo las que Selma ha tejido ella misma, como si pudieran pasar desapercibidas. Los pulgares son el doble de grandes de su tamaño y son de color naranja fluorescente.

Por muy bien que me caiga Selma, en determinadas situaciones casi parece que no se entera de nada. De repente, tengo tantas ganas de que Alyce desaparezca del umbral como ella de marcharse.

–¡Gracias por la cena! –exclama Selma, dirigiéndose a mi abuela cuando abre la puerta.

Alyce prácticamente salta sobre el banco de nieve con las prisas por salir de allí. Aun apurada y presa del pánico, sigue teniendo los movimientos más elegantes que he visto en mi vida, y por mucho que lo intente no soy capaz de imaginármela trabajando en un barco maloliente destripando pescado. Selma sonrío y me dice adiós con la mano, luego se engancha del brazo de Alyce y veo cómo sus sombras se alejan balanceándose bajo la luz amarilla de las farolas. ¿Cómo se las arregla Selma para romper todas las reglas y aun así llevarse bien con todo el mundo?

Pero quizá ahora me toque a mí romper también alguna regla, porque, no os olvidéis, tengo un novio rico que un

día me dio un cachete en el culo con la toalla húmeda en el entrenamiento de natación y me preguntó:

–¿Te apetece venir a una fiesta en mi casa después de la competición?

Después de quedarme a dormir en su casa aquella primera noche, lo único que deseaba era volver a hacerlo. Pero mi abuela solo nos dejaba quedarnos a dormir en las casas de nuestras amigas una vez al mes. Hasta el mes siguiente, tuve que conformarme con llamar a Ray de noche, ya muy tarde, desde el teléfono del pasillo.

El cable largo y rojo se estira hasta alcanzar mi cuarto, donde me tapo la cara con su camiseta y escucho su voz mientras me describe las auroras boreales que ve desde su ventana y que cruzan el cielo como relámpagos para después rebotar sobre el lago helado formando grandes franjas onduladas de verde y rojo y amarillo.

Hablamos de los entrenamientos y me lamo los restos de cloro del brazo mientras imagino que es el suyo. Me explica dónde debo tocarme y me hace mil promesas de todo tipo para la próxima vez que me quede a dormir en su casa. Le pregunto por qué a su familia le gusta tanto Richard Nixon y responde que no lo sabe, pero que su padre a veces lo llama «Ricardillo el Listillo». Dice que le gustaría venir a Birch Park alguna vez, pero yo espero que solo lo diga por cortesía. Me moriría si viera donde vivo.

–Tu casa huele mucho mejor que la mía –le digo.

Con el tiempo, me he dado cuenta de que las casas en las que hay madres suelen oler mucho mejor. Si cierro los ojos, recuerdo vagamente las flores silvestres de mi madre colocadas en botellas de whisky. Incluso el remoto olor de

mis padres mientras bailan y ríen en la cocina permanece en mi mente. La sangre de ciervo en las manos de mi padre lo tiñe todo: su piel, su pelo, su ropa. El olor de un amor profundo.

No le cuento nada de esto a Ray, que sigue teniendo padre y madre y una casa donde todo huele a cosas que no han tenido que hacer ellos mismos. No quiero espantarlo.

Por fin consigo quedarme a dormir otro día, y esta vez Ray tiene un pequeño paquetito de papel de aluminio del tamaño de una bolsita de té que dice que debemos usar por precaución. Pero todos los católicos sabemos que ese es el peor pecado de todos. Después de preguntarme por lo menos media docena de veces si estoy segura de que no quiero usarlo, se da por vencido y nos empapamos el uno del otro hasta prácticamente ahogarnos en una mañana confusa de piel, pelo y sábanas. Ni siquiera me paro a pensar que eso probablemente también sea pecado. Ray no para de llamarme «preciosa» una y otra vez, hasta que casi empiezo a creérmelo. Es como si alguien me viera por primera vez en mi vida.

Me quedo dormida a su lado, completamente desnuda, y me olvido de volver al cuarto de Anna. De pronto, la señora Stevens entra en la habitación con un montón de sábanas recién planchadas. Ya es de día; el sol entra por los grandes ventanales, en la vida he pasado tanta vergüenza.

–Uy, perdón –dice al vernos–, no quería molestar.

Cuando retrocede hacia la puerta, sus ojos de color azul plomizo tienen una expresión triste y culpable, como si hubiera sido ella a quien hubieran pillado.

–Dios mío. ¿No se enfada? –le pregunto a Ray al tiempo que me tapo la cabeza con la sábana. Si hubiera sido mi abuela, ya estarían encargando mi ataúd.

Ray se ríe e intenta colocarse sobre mí.

–¿Y qué va a decir? Anna no estaría aquí si mi madre no hubiera hecho lo mismo en el instituto. ¿Por qué crees que tuvo que casarse tan joven?

Extiende la mano para tocarme los pechos, pero se la aparto mientras intento ponerme el camisón. Siento náuseas, no me quito de la cabeza los ojos azulísimos de su madre, como si fueran el mar y yo me hubiera alejado demasiado de la costa.